

tan patente milagro, quiso en vano persuadir á los que lo habian presenciado que aquello era efecto de arte maléfica y de supersticiosos encantos, pues la mayor parte de aquellos se convirtieron á la fé, y empezaron á confesar por todas partes la omnipotente gracia de nuestro Señor Jesucristo.

5. Fuera de sí Maximiliano de ciega ira, dispuso que fuese conducido el Santo á la plaza pública y allí lo hizo lacerar con garfios de hierro, y en seguida le mandó quemar las recientes llagas con hachas encendidas, disponiendo que, concluido tan horrendo tormento, fuese sumergido en una caldera de plomo derretido, pero el Santo salió sin lesion de tantos suplicios. Obs- tinado el tirano, ordenó que fuese arrojado al mar con una piedra de molino atada al cuello, y el Santo salió de las aguas sano y salvo. Fuera de sí el tirano lo hace atar á un olivo para que le acaben á cuchilladas, pero los aceros de los ejecutores se deshacen, á cada golpe, como si fuesen de cera. Por último el tirano le manda cortar la cabeza, y el Señor, queriendo ya coronar al santo mártir, no pone estorbos á la ejecucion. Maximiliano dispone en seguida le sea presentado el sacerdote Ermolao, á quien injurió con amenazas y grandes im- precaciones, mas el Santo por toda respuesta se puso en oracion, y en aquel instante sucede un fuerte terre- moto que derriba todos los idolos, por donde no sa- biendo ya que hacerse el tirano y mas endurecido y ciego cada vez, ordenó que fuese degollado. Las reli- quias de S. Pantaleon fueron transportadas á Constán- tinopla y despues á Francia. De la cabeza de S. Panta- leon salió sangre y leche. En la ciudad de Ravelo, á ocho leguas al poniente de Nápoles, se conserva un

vaso de dicha sangre, la cual se pone líquida todos los años y se ve salpicada de leche por encima, como la he visto yo, (dice el autor S. Ligorio) que escribo este libro.

### § LX.

#### DE LOS MARTIRES Y CONFESORES DURANTE LA PERSECUCION VANDALICA.

1. Habiendo resuelto Unerico, rey de los Vándalos, extinguir la fé católica en el Africa para entronizar en ella la secta arriana, desterró de una sola vez á los de- siertos, entre obispos, sacerdotes y otros eclesiásticos, hasta 4976 personas. Hallábase entre ellos el santo obispo Felix, que, enfermo de perlesía, no podia andar ni hablar; por lo que, movidos algunos á compasion le rogaron lo dejase morir en Cartago, pero el bárbaro rey contestó, que si no podia ir á caballo lo atasen con cuerdas á la cola de dos bueyes, y que fuese conducido de este modo al lugar da su confinamiento, por donde no tuvieron mas partido que colocarlo atravesado sobre un mulo, como si fuese un leño, y conducirlo de tan penosa manera, de modo que daba lástima á todos los que con él iban.

2. Todos estos santos confesores fueron despues en- tregados á los moros del país, los cuales debian con- ducirlos á los desiertos. Los dos gefes á quienes se habia dado el encargo de conducirlos hasta las fronteras quisieron antes probar si podrian reducirlos á seguir la secta que protegía y profesaba el rey: propusieronles pues que se resolviesen á dejar el dogma católico, pero rehusáronlo heroicamente; y creyendo que seria facil obligar á aquella tropa de miserables eclesiásticos,



oprimidos con tantos padecimientos, á condescender con la voluntad del príncipe por medio del rigor, los encerraron en prisiones en donde al principio fueron tratados col alguna humanidad, permitiendo entrar á los católicos á socorrerlos con algunos auxilios, pero despues los encerraron en una sola prision mas oscura y estrecha, prohibiendo que nadie entrase á visitarlos, de modo que los santos confesores se veian obligados, por la estrechez del lugar á estar unos sobre otros, de donde se originó allí una corrupcion y un hedor de todo punto insoportable. S. Victor vitense habiendo obtenido alguna vez, á fuerza de dádivas, entrar en aquel encierro para consolar á sus hermanos, se espresa así: — Apenas entramos, cuando nos hallamos sumergidos hasta las rodillas de lodo é inmundicia de intolerable hedor. — A pesar de tantos sufrimientos y miseria, en que muchos perdieron la vida, todos se mantuvieron constantes en la santa fé.

3. Llegado el momento de continuar el viaje fueron sacados de la cárcel y entregados á los moros. Salieron de aquel hediondo cenegal llenos los vestidos y las carnes de aquel pestífero estiércol, y con todo, y á pesar del maltratamiento que recibian de los bárbaros, caminaban alegres y cantando aquel verso: « Esta es la gloria que tienen todos tus santos. » — Los caminos por donde pasaban estaban llenos de católicos que les salian al encuentro de las provincias inmediatas, y la mayor parte venian con teas y cirios encendidos para celebrar y honrar su triunfo, haciendo besar á sus hijos las pisadas de sus pies. Entre la muchedumbre habia algunos niños que habian servido en iglesias católicas, los cuales iban acompañados de sus madres, habiendo entre ellas

algunas que contaban la dicha de tener hijos mártires; pero no faltaban otras, que temiendo perderlos para siempre, les inducian á que abrazasen el arrianismo; mas ninguna de aquellas criaturas se dejó pervertir. Entre otras presentóse una muger anciana que llevaba en una mano un saco lleno de pan y un niño en la otra, y caminaba con nuestros santos diciendo á su hijo: — Corramos, hijo, corramos: ¿no ves cuan alegremente caminan los santos para alcanzar la corona? — Y preguntada porque decia aquello, contestó: — Rogad á Dios, rogad á Dios por mí y por este muchacho que es mi nieto: con él marchó al destierro, para que el enemigo no lo encuentre solo, y no lo hunda en el infierno.

4. Aguijoneaban los moros á los santos confesores, para que caminasen aprisa, á fin de llegar pronto á los desiertos. Los viejos y los niños no podian seguir y los empujaban con los dardos y con piedras, y como cuanto mas los mortificaban, menos ágiles se encontraban para correr, los ataban por los pies y los arrastraban sin piedad por encima de las piedras y de los arbustos, por donde fueron muchos los que espiraron de tan atroz manera. Llegaron los mas robustos al lugar del destierro, maltratados y llagados los pies. Era aquel un desierto lleno de serpientes y de escorpiones muy venenosos, pero quiso Dios que ningun daño hiciesen á los santos desterrados. Allí fueron sustentados al principio con cebada, á guisa de animales de carga, pero últimamente fueron privados hasta de este escaso alimento; pero S. Victor, ya citado, que describe esta persecucion, y que era un obispo de los perseguidos, dice, que esto no obstante, en donde los siervos de Dios quedaron abandonados de todo el mundo, se plugo Dios en asistirlos.